

debajo de los otros. Aunque esté desterrado de estos asilos el orgullo del siglo, reina con todo un orgullo mas delicado, mas sutil, pronto á ofenderse por la menor cosa. Casi en ninguna parte se practica la humildad por amor á la humildad.

---

## CAPITULO LII.

### DE LA INSTITUCION DE LA EUCARISTÍA.

**M**AS abajo hablaré de la vida eucarística de Jesucristo, la cual es el mas perfecto modelo de la vida interior. Aquí no trato sino de la institucion misma de la eucaristía, de la cual diré pocas cosas, por hallarse tratada extensamente esta materia en un gran número de obras de piedad.

¿Qué cosa es la eucaristía? Es un sacrificio y un sacramento, el único sacrificio y el mayor de los sacramentos. Por medio de la eucaristía Jesucristo renueva, ó si se quiere, continúa y perpetúa hasta el fin del mundo el sacrificio de la cruz. El se ofrece, se inmola sobre nuestros altares de un modo místico é incruento, pero real, por el ministerio de los sacerdotes. El tributa á su Padre por nosotros, y en su nombre, el solo culto que le es agradable, le adora, le da gracias por sus beneficios, satisface á su justicia por nuestros pecados, nos obtiene de él todas las gracias que necesitamos. Nos es imposible honrar á Dios dignamente por nosotros mismos, rendirle acciones de gracias proporcionadas á sus beneficios, obtener, ni áun disponernos para obtener la remision de ningun pecado, y merecer la menor de las gracias de que necesitamos. Pero todo esto nos es fácil uniéndonos al sacrificio de Jesucristo, que llena cumplida y altamente todos estos objetos.

La eucaristía es el mas grande, el mas augusto de nuestros sacramentos. En los otros se halla presente por su virtud; en

este se halla presente por sí mismo. Allá nos hace partícipes de sus gracias; aquí nos da su carne, y con ella su alma y su divinidad. No podia darnos una prenda mas preciosa de su amor, ni contraer con nosotros una mas íntima union. Es una verdadera extension de la encarnacion, cuyos efectos nos comunica; y como en él la naturaleza humana está divinizada por la persona del Verbo que se la ha apropiado, así mismo nos diviniza en cierto modo, incorporándose á nosotros. Su carne pasa espiritualmente á nuestra sustancia por medio de la manducacion; no se transforma él en nosotros, sino que nos transforma en él. Por un prodigio natural los alimentos se hacen parte de nuestro cuerpo; por una maravilla sobrenatural nosotros nos hacemos una parte de Jesucristo, tomándolo como alimento. En una palabra, comunica á nuestras almas y á nuestros cuerpos la misma virtud divina que santifica su alma y su cuerpo.

Para llegar á esta inefable union con nosotros, nada le cuestan los mayores milagros. Este sacramento los contiene tales y en tan gran número, que sobrepuja todo lo mas estupendo y grandioso que ha obrado la omnipotencia divina, de la cual es como el último esfuerzo. Es asimismo la obra del amor; y como este amor es incomprendible, lo es tambien su obra maestra. ¿Puede mejor expresarse hasta qué punto nos ama Jesucristo, que diciendo: El nos da á comer su propia carne y á beber su propia sangre?

La una nos la da bajo la apariencia de pan, y la otra bajo la apariencia de vino, para darnos á entender que así como el pan y el vino son el alimento ordinario de nuestros cuerpos, así quiere que su carne y su sangre sean el alimento habitual de nuestras almas. Así es como dice: *Mi carne verdaderamente es comida, y mi sangre es verdaderamente bebida. Si no comiereis la carne del Hijo del hombre, y no bebiereis su sangre, no tendreis vida en vosotros.* (Joan., VI, 54 y 56.) Y ¿cómo tuviéramos vida en nosotros, no teniendo á Jesucristo, que es la vida, la vida sobrenatural de nuestras almas? Recibimos efectivamente esta vi-

da en el bautismo por la gracia santificante, ó bien la recibimos por el sacramento de la penitencia. Mas solamente la eucaristía nos la da en su plenitud; y perderíamos la que tenemos ya, sin la participacion del cuerpo y de la sangre de Jesucristo. El alimento corporal supone la vida; mas aún: es necesario á su conservacion, la mantiene y aumenta su vigor. Lo mismo hace el pan eucarístico con respecto á la vida espiritual. Preciso es vivir para comerlo con fruto; pero si no se come, se caerá en la languidez y en la muerte. *Así como yo vivo por el Padre*, dice tambien, *así el que me come vivirá por mí.* (Joan., VI, 58.) El Hijo que lo recibe todo de su Padre, de quien es siempre y actualmente engendrado, ¿viviría si lo pudiésemos concebir separado de él? El alma que no comunica con el cuerpo de Jesucristo y que se aparta de él, tampoco vivirá. La unidad íntima é inseparable que hay entre el Padre y el Hijo por la generacion eterna, se produce proporcionalmente entre Jesucristo y nosotros por medio de la manducacion de su carne adorable. Así como el Padre habita en el Hijo, y el Hijo en el Padre, el uno comunicando, el otro recibiendo la sustancia divina, así mismo Jesucristo habita en nosotros por la comunicacion de su cuerpo, y nosotros en él por su recepcion. (Joan., IV, 57.) ¿La fuerza de estas palabras nos haria tal vez dudar de su verdad? ¡Ah! no dudan de ella por cierto los santos, las almas interiores. Si no lo experimentamos así nosotros, es porque no nos acercamos á este augusto sacramento con las debidas disposiciones, y no ciframos nuestra felicidad en la union habitual con Jesucristo. ¿En dónde está nuestro amor para con él? No amamos sino á nosotros mismos. ¿En dónde está la conformidad de nuestros sentimientos con los suyos? ¿Osariamos decir que pensamos y juzgamos en todo como él? ¿En dónde está nuestro recogimiento, nuestro espíritu de oracion? Jesucristo viviendo por su Padre, estaba siempre absorto en él. ¿Estamos nosotros asimismo absortos siempre en Jesucristo desde una comunión á otra? Si esto no es así, muy flaca y muy lánguida es nuestra vida.

¿Qué momento escogió para instituir la eucaristía! El que precedió inmediatamente á su pasion. Iba á morir, y como un buen padre, tomaba sus últimas disposiciones en favor de sus hijos. Y ¿qué podia dejarles? Nada habia poseido en la tierra: hasta sus vestidos, sus únicos bienes, debian repartirse entre los soldados que le crucificarian. Déjase, pues, á sí mismo á ellos, y todo entero á cada uno de ellos. Así es cómo indemniza á sus discípulos de su presencia sensible, que ellos iban á perder, y á nosotros, que no hemos disfrutado de ella, no nos dejará; su amor no se lo permite: le poseeremos bajo el velo de la fe; mas haremos que verle, le comeremos no una vez, sino todos los dias de nuestra vida, si de ello somos dignos, y si correspondemos á sus fines. El amor solo, pero el amor llevado hasta su último exceso, podia sugerir semejante manda á un Hombre Dios.

Debemos [por fin añadir á la institucion de la eucaristía la circunstancia de cenar, única comida que hacian los antiguos en comun, y que por esta razon se llamaba *cena*. Sin hablar de la razon que hizo escoger á Jesucristo la circunstancia de la comida solemne del cordero pascual, me limito á observar que siendo una señal de union entre los hombres el comer juntos en una misma mesa, la intencion del Salvador, dando en la misma mesa su cuerpo á los apóstoles, fué que los fieles mirasen este sacramento como el mas poderoso motivo de la caridad que debe reinar entre ellos y el medio mas eficaz de conservarla. Por esto en la primitiva Iglesia la celebracion del sacrificio, cuya participacion tenia cada cristiano como un deber, era seguida de un banquete ó comida que en comun celebraban, grandes y pequeños, ricos y pobres, señores y esclavos sin distincion, y que se llamaba *agape*, es decir caridad. Así era que su mutuo amor hacia la admiracion de los paganos. La caridad se ha resfriado entre los cristianos á medida que ha sido menos frecuente el uso de la comunión.

Mucho tiempo hace que se procura con sumo empeño buscar métodos para oír misa y para comulgar devotamente. Jamas se

hallarán propios mientras que solo en los libros se busquen. En el corazón es donde ha de hallarse este método, y los libros solo son buenos en cuanto contribuyen y todo el tiempo que contribuyen á fijarlo. Porque en nuestros primeros años nos hemos valido para estos dos grandes actos de un libro de oraciones, ¿debemos siempre recurrir á él y no aprender jamás á pasarnos sin él? Hé aquí el método mejor que yo conozco, y lo tomo de la naturaleza misma de la eucaristía.

Considerándola como sacrificio, Jesucristo se ofrece en ella á su Padre, y nos ofrece á nosotros con él. Bastante nos dice con esto que no tenemos mas sino unírnos á esta ofrenda de él y de nosotros, y hacerla en las mismas intenciones y con las mismas disposiciones que él. Sus intenciones y sus disposiciones ya las conocemos. Apropriémoslas, no por una multitud de actos distintos, sino por un acto muy sencillo y muy íntimo. Roguémosle que nos la conceda, y en seguida permanezcamos en un santo recogimiento; y dejemos á su gracia el cuidado de ocuparnos durante la celebracion de los santos misterios. Todo lo que él nos pide es no llevar allí pensamientos profanos ó extraños del objeto; no distraernos voluntariamente dejándonos extraviar por nuestros sentidos y por nuestra imaginacion: él cuidará de lo demás, si en él ponemos toda nuestra confianza. Seguro estoy por experiencia, que si al empezar la misa dijésemos con sencillez y del fondo de nuestro corazón: *Señor, haced que asista á vuestro santo sacrificio de una manera digna de vos, pues yo soy incapaz por mí mismo*, sentiríamos los efectos de nuestra fe y de nuestra humildad; Jesucristo obraría en nuestra alma, la conservaría en un silencio de respeto y de amor, y saldríamos con una impresion de gracia, que nos seria fácil mantener en todo el resto del día.

Si consideramos la eucaristía como sacramento, Jesucristo se nos da en ella con toda la plenitud de su amor. Démonos, pues, á él de la misma manera con rectitud y sinceridad. El arde en deseos de unirse á nosotros; ardamos nosotros en los mismos de-

seos de unírnos á él. Sus delicias son el estar con nosotros: hagamos nosotros nuestras delicias de su posesion. No hay necesidad de tantos actos para esto, basta que sea tal nuestra interior disposicion. Si no nos hallamos con ella, roguémosle que nos la conceda, pero sencillamente y sin tantos esfuerzos: humillémonos con dulzura y confundámonos de hallarnos tan frios é indiferentes. Sea nuestra preparacion el suplicarle que él mismo nos prepare. ¿No lo hará él mejor de lo que pudiéramos hacerlo nosotros con todos nuestros métodos? ¿Por qué no descansaremos en él? Sea nuestra accion de gracias dejarle obrar en nosotros como sea de su agrado. Si quiere actos, ya nos lo sugerirá; yo no veo que haya de haber otro por nuestra parte, sino adorarle y amarle del fondo del alma, sin decirle nada mas. Pero queremos obrar por nosotros mismos, queremos sentir, nos precipitamos, nos movemos, nos agitamos para ello, y no pensamos que no viene de nosotros la verdadera devocion, que es menester separarla con confianza y humildad, y no desearia para sí por amor propio. Queremos quedar contentos de nuestras comuniones, cuando solo debiéramos procurar contentar á Jesucristo. En su satisfaccion hallariamos la nuestra; pero de una manera mas sólida, mas elevada, mas excelente, cual no podemos creer.

La asistencia al santo sacrificio y el recibir la eucaristía segun el método que acabo de proponer, por el cual haciendo nosotros poco, dejariamos hacer mucho á Jesucristo, dispondria las almas á la vida interior; y una vez hechas interiores, desempeñarían con dignidad y grande provecho espiritual estos dos principales actos de la religion, sin otro cuidado de su parte que abandonarse á la operacion del Espíritu Santo y seguir sus movimientos.

## CAPITULO LIII.

PASION DE JESUCRISTO ORDENADA POR DIOS.

No es mi propósito extenderme aquí sobre las diversas circunstancias de la pasión de Jesucristo. Este asunto se hallará minuciosamente tratado en muchas obras, y particularmente en la tan conocida bajo el título de *Padecimientos de Jesucristo*. Me detendré tan solo en los principales puntos que manifiestan mejor sus disposiciones interiores, y que se nos proponen especialmente para nuestra imitación.

Desde el principio de su vida pública el Salvador se atrajo la envidia y el odio de los fariseos, de los sacerdotes y doctores, que no podían sufrir su doctrina, y aún menos su conducta, en la cual hallaban su condenación. No tardaron en formar el designio de hacerle morir; y si más presto no lo ejecutaron fué porque *no había llegado la hora*.

Dios había previsto desde la eternidad aquella malicia y ceguera de los judíos, y en consecuencia de esta previsión tenía ya ordenado todo cuanto debía padecer su Hijo para su gloria y para la salud del género humano, que había hecho anunciar por medio de sus profetas. Esto es lo que dice san Pedro en formales palabras en su primer discurso á los judíos: *A Jesús dejado á vuestro arbitrio por una orden expresa de la voluntad de Dios y decreto de su presciencia, vosotros le habeis hecho morir, clavándole en la cruz por mano de los impios*. (Act., II, 23.) Vosotros nada hubiérais podido contra él por vosotros mismos. Menester fué que Dios os lo entregase, y conociendo de antemano vuestras intenciones perversas, había resuelto permitirlo así, porque sabía cuán grande bien debía sacar de tan grande crimen. Reunidos los fieles en la súplica que hicieron á Dios, después de la amenazadora prohibición que el consejo de los judíos había im-

puesto á los apóstoles de anunciar á Jesucristo al pueblo, se expresan así: *Heródes y Poncio Pilátos, con los gentiles y las tribus de Israel, se mancomunaron en esta ciudad contra tu santo Hijo Jesús, á quien ungiste para ejecutar lo que tu poder y providencia determinaron que se hiciese*. (Act., IV, 27, 28.) Por esto san Pedro en su segundo discurso á los judíos atribuye al mismo Dios el cumplimiento de lo que había pronunciado por boca de todos los profetas, en orden á la pasión de su Cristo. (Act., III, 18.) Los judíos no tenían otra mira que satisfacer su envidia y su furor, sin penetrar en las miras profundas de Dios, que se servía de sus pasiones como de un instrumento para cumplir sus propios designios. No es, pues, de admirar que Jesucristo dijese á los judíos que le prendieron: *Esta es la hora vuestra y el poder de las tinieblas*. (Luc., XXII, 50.) Hasta ahora no habeis puesto la mano sobre mí, aunque tan fácil os era el hacerlo, porque no había llegado aún el momento señalado por mi Padre. Ha llegado ya: obrad libremente contra mí, de concierto con los espíritus infernales; mi Padre os lo permite. Ni tampoco debe sorprendernos que respondiese á Pilátos, cuando este hacía valer el poder que tenía de crucificarle ó de enviarle absuelto: *No tendrias poder alguno sobre mí, si no te fuera dado de arriba*. (Joan., XIX, 10, 11.) En el ejercicio de tu autoridad no veo sino la de mi Padre y á ella me someto. Ni que dijese á los discípulos de Emaús: *¿No será conveniente que el Cristo padeciese todo esto?* (Luc., XXIV, 26.) Y ¿por qué era conveniente? ¿Porque tal vez los judíos estaban encarnizadamente resueltos á perderle, y que no podía escaparles? No: muchas veces les había ya escapado; y en el momento mismo de su oración solo tenía, como lo declara él mismo, que rogar á su Padre, el cual hubiera enviado á su socorro más de doce legiones de ángeles; sino porque su Padre le había preparado este cáliz, que él estaba resuelto á apurar hasta las heces.

Era de la mayor importancia el fijar bien este punto, que es una de las principales claves de la Escritura, sin la cual no pu-

diera tenerse de ella una plena inteligencia, y la cual nos descubre y desenvuelve toda la serie de los designios de Dios sobre Jesucristo. Nada sucedió por acaso; todo fué previsto, todo concertado. Era preciso que él fuese el Mártir de la verdad y de la caridad; que sellase con su sangre la religion que venia á establecer; que el mas insigne beneficio fuese pagado con la mas negra ingratitud, y que con esto se levantase á un soberano grado de excelencia, que sin esta circunstancia no hubiera tenido. Decretado estaba en los consejos de Dios que el Hombre Dios le daria la mas grande gloria que pudiese darle; y para esto era necesario que su pasion fuese lo que fué en la reunion de todas sus circunstancias: un desencadenamiento de la rabia de los demonios y de las pasiones humanas; un conjunto de padecimientos y de humillaciones excesivas; una traicion, una negacion, un abandono de la parte de sus apóstoles; y sobre todo un abandono interior de parte de su Padre, que descargaba sobre él como sobre el mayor de los criminales, todo el rigor de su justicia. Así un deicidio, crimen el mas enorme que pudiera cometerse, dió lugar á los actos de la mas sublime virtud y el mas perfecto homenaje que la majestad divina hubiese podido jamas recibir.

De ahí se sigue una verdad, que es de una grande extension en la moral y de la mayor consecuencia, el que nosotros en la práctica nos hallemos de ella intimamente convencidos. Esta verdad es: que el pecado, que Dios no quiere, pero que prevé y permite, entra en el plan de la Providencia y sirve para el cumplimiento de sus designios, para su gloria, para el adelantamiento de su Iglesia, y para nuestra propia perfeccion; que el pecado redundando en gloria de Dios, del cual se vale para la manifestacion de sus atributos, de lo cual es la mas relevante prueba la pasion de Jesucristo. Si la santidad de Dios fué ultrajada por el pecado de los judíos, ella brilló con todo su esplendor, porque un Hombre Dios padeció para hacerle una reparacion solemne de todos los ultrajes que aquella ha recibido por nuestros peca-

dos. Si parecia ofendida su justicia por los indignos tratamientos hechos al mas inocente, al mas santo de los hombres, de otra parte ella ejerce todos sus derechos, ella se vindica y se satisface plenamente sobre este cordero sin mancha sustituido en lugar nuestro y que se constituyó fiador por los deudores insolventes. Si su misericordia aparece como eclipsada sobre el Calvario, en donde Dios parece que abandona y desconoce su propio Hijo, desplégase con todas sus riquezas en el perdon que por motivo de él concede generosa y gratuitamente al género humano, que de él era indigno. Si nos parece aún que la sabiduría divina ha como faltado á su designio, viendo á Jesucristo espirar en la cruz, y sucumbir bajo el poder del infierno y de la muerte, aguardemos un momento, y esta sabiduría se mostrará con toda su luz, cuando veamos á Jesucristo triunfar, por su resurreccion gloriosa, del diablo y de la muerte é insultar al uno y á la otra diciéndoles: *¡Oh muerte! yo he de ser la muerte tuya: seré tu destruccion, ¡oh infierno!* (Ose., XIII, 14) esto es, yo te arrancaré tu presa. *¿De qué pecado no sacará Dios su gloria, habiéndola sacado del de los judíos?* No puede faltarle este fin, ora sea en este mundo, ora en el otro. Seamos, pues, celosos por la gloria de Dios, procurémosla de cuantas maneras nos sea posible; mas no nos inquietemos por ella, como si pudiesen dañarla los esfuerzos de los hombres. Todo pecador que no quiere glorificar en esta vida su misericordia, glorificará en la otra su justicia.

A vista de los escándalos que suceden en la Iglesia y que hacen como vacilar nuestra fe, acordémonos tan solo de que aquella es la esposa de Jesucristo, que la adquirió con su sangre, y que la esposa debe participar de la suerte de su esposo. Es necesario que ella glorifique como él á Dios por sus sufrimientos, despues de los cuales Dios la asociará á la gloria de Jesucristo. Y aún en este mundo todos los males que ha sufrido han redundado por fin en provecho suyo. Seguid su historia y vereis que las persecuciones sirvieron para establecerla;

que las herejías han afirmado su fe; que estas han caído y ella ha quedado en pié; que lo que ha perdido por un lado lo ha ganado por otro; y que en las regiones y en los tiempos en que es menor el número de sus hijos, son estos mas fervorosos y mas edificativos. Lo que pasa hoy dia en Francia\* parece anunciar-nos la ruina de la Iglesia en este reino y en todo el resto de la Europa. Recordemos las promesas que á la Iglesia se le hicieron, y sin darnos pena por el modo con que Dios las cumplirá creamos firmemente que será fiel á ellas, como lo ha sido en otras épocas las mas borrascosas. Los elegidos serán puestos á pruebas; pero ninguno de ellos perecerá. Terminante es sobre este punto la palabra de Jesucristo.

Desde que alguno se entrega á Dios de un modo especial, está expuesto á sufrir mucho de su prójimo: contradicciones, calumnias, injusticia de toda especie, no solo de parte de los perversos, sino aún de parte de las gentes de bien, ó de las que pasan por tales. Y ¿por qué admirarnos de esto, cuando Jesucristo fué la víctima de los falsos devotos sentados en la cátedra de Moisés? Cuanto acontece está previsto por Dios, el cual lo permite por parte de los autores del mal, cuyas consecuencias quiere tambien que nosotros suframos. Así lo ha dispuesto todo para su gloria y para nuestra santificación; y se cumplirán sus designios si nosotros tomamos á Jesucristo por modelo de nuestros sentimientos y de nuestra conducta. El objeto que él se ha propuesto no puede faltar como no sea por culpa nuestra; y los pecados de los demas, lejos de perjudicar á nuestra perfeccion, contribuirán á ella si queremos: su pérdida será nuestra salud; ¿qué puede darse de mas consolador?

En fin nuestros propios pecados, cuyo recuerdo tan á menudo nos desalienta y nos espanta, pueden en las manos de Dios convertirse en un medio de santidad: con solo este objeto los ha permitido; quiere de ellos hacer la materia de sus grandes mi-

\* El autor escribía en la época de la revolucion.

sericordias; quiere que sirvan para humillarnos, para desconfiar de nosotros mismos, para redoblar nuestra confianza en él, aumentar nuestro amor y nuestro reconocimiento, hacernos capaces de los mayores esfuerzos de virtud, ya para expiarlos, ya para repararlos. Sin hablar de los ejemplos de tantos grandes santos que fueron pecadores, ¡cuántos judíos que habian tomado parte en la muerte de Jesucristo se convirtieron despues, y formaron la Iglesia de Jerusalem, la mas perfecta de todas! ¿Cree-remos que su amoroso arrepentimiento no hubiese contribuido infinitamente á su santificación? ¿Por qué no habrá de ser así con nosotros, si despues de nuestros extravíos hemos vuelto ó volveremos sinceramente á Dios? De un gran pecador á un santo hay por lo comun menos distancia que de una vida tibia á una vida fervorosa. Todo depende de la rectitud y de la generosidad del corazon, y de la correspondencia á la gracia. Es un mal grave el ofender á Dios, pero de nosotros depende que este mal nos sirva de un bien imponderable.

#### CAPITULO LIV.

JESUCRISTO SACRIFICÓ LA VIDA PORQUE EL MISMO LO QUISO.

**H**UBIERA faltado al sacrificio de Jesucristo la parte mas esencial, si no hubiese sido enteramente libre y voluntario. El era dueño absoluto de su vida, nada debia á la muerte, que no entró en el mundo sino por el pecado; y como su union con la Divinidad hacia su humanidad impecable, la hacia tambien inmortal. Siendo exento de la muerte, lo era tambien del dolor y su cuerpo no podia ser presa de él sino en cuanto fuese de su beneplácito. Por lo que toca á humillaciones y oprobios, no los merecia por ningun titulo, antes bien era digno de toda honra y de toda gloria, pues la persona del Verbo elevaba su alma y aún